

SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Un ligero temblor: Gabriel Celaya

A Sí es que conocí personalmente a Gabriel Celaya poco tiempo después de que él y su compañera Amparo Gastón tomaran un pequeño apartamento en Madrid, en la calle Nieremberg. Digo que le conocí personalmente ya que, como escritor, le conocía desde mucho antes, pues había leído alguno de sus libros como *Tranquilamente hablando*, *Las cosas como son* o *Las cartas boca arriba*. Además, mis compañeros de Barcelona y yo nos habíamos carteadado con él y también enviado nuestros primeros libros.

Me acompañó a su casa Ángel González. A Ángel le conocí en Barcelona de un modo algo rocambolesco, pues apareció en una reunión muy nutrida que teníamos en el ático de Carlos Barral en la calle San Elías, y al principio creíamos que era un soplón o un policía, pero como él había invocado su amistad con Vicente Aleixandre, creo que fue Jaime Gil el que llamó a Velintonia, y Vicente nos tranquilizó asegurando que era un buen amigo y un buen poeta, cosas ambas que muy pronto pudimos constatar.

Bien, ya estamos Ángel y yo en la casa de Amparo y Gabriel. Había libros por todas partes, hasta en el techo casi, tantos como para llenar cuatro apartamentos como aquél; en el comedor-estar, en un hueco entre los agobiados estantes, una mesa bajita era el apoyo en el que descansaba una vieja máquina de escribir; la silla, también baja, era como de costurera o de artesano cesterero. Me gustó aquel ambiente vivo, abigarrado y limpiísimo. Las cosas siempre tienen algo que ver con la personalidad de los que las habitan.

Amparo lucía bien, era muy cariñosa y alegre, y de tanto en tanto reñía a Gabriel, no recuerdo por qué, como si él fuese su hijo, y luego entendí que, en parte, esto era verdad: Celaya tenía mucho de niño, a veces caprichoso. Estaba en mangas de camisa, una camisa vasca de esas a cuadros de colores, nos hablaba y miraba sonriendo mientras despejábamos la mesa de comer. Sus



EL SOL/Zarza

ojos eran claros y chispeantes como los de un pillastre.

Cuando Amparo trajo unos vasos y un frasco de vino, nos sentamos y empezamos a charlar. Ángel González le contó de mis amigos y de mí, cómo nos conocí, qué carácter tenía cada uno de nosotros, cómo y sobre qué escribíamos y lo que bebíamos. Celaya dijo que escribíamos bien, pero que éramos unos señoritos, rojetos pero señoritos, y que eso de ser un grupo de amigos estaba muy bien. Amparo cortó para decir que más señoritos que Gabriel, aunque no tuviese un duro, imposible; pero que a ella le gustaban los señoritos así, los que metían bulla contra el Gobierno.

Al terminarse el frasco de vino, ya estaba Gabriel en la calle para que lo rellenaran en una bodega que estaba cerca de su casa. Cuando volvió, seguimos hablando, y de la poesía nos pasamos a la política, a la situación del país. Gabriel era el más optimista: la dictadura no podía durar mucho más tiempo. Amparo, más radical y realista, decía que teníamos que actuar

en todos los frentes, pero pensando que la broma podía prolongarse, y que la solución iba a darla el pueblo español y no sólo los políticos y los escritores.

Muchas veces volví a su casa: solo, con mi mujer o con algún amigo. Gabriel era un hombre perfectamente serio cuando hablaba de poesía y de su poesía. Había dejado atrás su inicial surrealismo, y más tarde abandonó el angustiado sentir de la existencia personal en medio de un mundo absurdo, sin destino. La dictadura, la injusticia y la falta de libertad individual y colectiva le llevaron a escribir una poesía de denuncia y de crítica social, de clarísimo talante antifranquista. Creía en la posibilidad de que el hombre cambiara la sociedad: era su fe elegida.

Yo sabía que militaba en el partido comunista desde hacía más de diez años, pero también sabía que no escribía jamás al dictado o por consignas recibidas. Celaya creía en un marxismo democrático, con rostro humano, capaz de liberar a los oprimidos, de dar sentido al sinsentido de la historia y de iluminar a los hombres, a todos, ha-

cia un futuro mejor. Era un marxista utópico, un artista, un soñador, y la vastedad de sus anhelos y de su obra no cabían en los rígidos y estrechos esquemas ideológicos de un partido político.

Como ciudadano y como militante no eludió riesgo alguno: ofrecía ayuda y casa a clandestinos o perseguidos, y siempre apoyó toda actitud individual o colectiva contra la dictadura, aunque tal actitud no surgiera del partido en el que militaba. Si tuvo miedo, cosa nada extraña, ya que miedo lo teníamos todos, nunca lo demostró, y tampoco demostró temor a la censura oficial del régimen franquista ni se dejó pillar por la censura interior, la penosísima autocensura que atenazó a otros escritores.

¡Dios, tantos años! Vuelvo a ver a Amparo y a Gabriel en Barcelona, en mi casa, y también en congresos, en reuniones literarias que acababan siendo mítines políticos, en cafés de altas noches, en casas de comidas baratas y hasta en restaurantes de lujo, como en Formentor, vigilando que Dámaso Alonso, en su fervor poético y étlico, no escapase hacia Palma en taxi, casi de madrugada, para hacer de las suyas, para pecar, decía... Y Gabriel siempre alegre, sonriendo al escuchar sus poemas en voz de Paco Ibáñez o al explicarle historias a mi hija, y también siempre a punto de desatar su risa ingenua y convulsiva, como el día que fuimos a ver a Gloria Fuertes, invitada en un pueblo de la sierra de Madrid por tres o cuatro amigas, asombrosas como ella, y hubo duchas y vino y amores instantáneos, y música de júbilo y de risas que Gabriel dirigía, libre y muy felizmente, como él quería el mundo.

Cuando un hombre como Gabriel Celaya muere y la mujer que amó esparce sus cenizas, como él quiso, desde un pequeño cerro de su país natal, para que caigan sobre una pradera, algo o mucho de este hombre sigue viviendo en los que le conocimos y entre los que, sin conocerle, han leído o escuchado sus poemas hechos canción: es la voz amiga de un escritor que vivió, amó y sufrió, por él y por los otros.

Y un ligero temblor, parecido al del heno cuando el aire abanica la pradera, nos conmueve, nos une, nos alienta.

♦ José Agustín Goytisolo es escritor.